

—Te ama y te ama con pasión. Pero no quiere placer alguno que manche su honra ante el mundo y su conciencia ante Dios. Prefiere morir á claudicar.

—Pues mira; cada cual tiene sus aprensiones en la mollera. Yo creo que no me ama. Yo creo que, de amarme como dices, se entregaria á mi amor, cual se entrega á la serpiente la avecilla fascinada.

—Tiene un corazón muy grande, pero una conciencia mayor que su corazón.

—Ama poco, muy poco.

—Si la hubieras visto desesperada ayer cuando supo que intentabas asociarte á la fiesta de los pintores y salir á alta mar en esa orgía flotante.

—¿De veras?

—Y luego dices que no te ama.

—¡Es tan fría!

—Quien no ama no se interesa de esta suerte. La llamas fría, porque no consiente que devore su virtud un beso de tus labios.

—El amor verdadero no resiste un minuto á los impulsos del corazón.

—Filippo, no salgas con esa libertad; no vayas á la fiesta.

—¿Por qué tal manía?

—Porque, oculto, podrás conjurar muchos peligros y libertarte de muchas asechanzas.

—¿Qué peligros, ni qué niño muerto?

—Has salido bien de todas tus empresas y tienes una fé ciega en tu destino. Pues donde ménos se piensa salta la liebre. Lo que no sucede en un año sucede en un día.

—Tanto me dá. Con eso, al cambiar de suerte, cambiaré de emociones.

—Bueno eres tú para sufrir contrariedades.

—Te parece poca la resistencia de Lucrecia, y la sufro.

—Dos graves peligros tienes al mostrarte en Venecia.

—¿Cuáles? Veamos.

—La amistad de Cosme de Médicis y la enemistad de Guido de Montaperto.

—¿Y qué?

—La amistad de Cosme de Médicis puede conseguir de la Señoría Veneciana que te arranquen á este asilo y te devuelvan á Toscana; y esto, despues de todo, no seria lo peor.

Filippo levantó los hombros con verdadero menosprecio á semejante amenaza.

—Pero, en cambio, no sabes adonde puede llegar la enemistad de Guido Montaperto. No sabes qué venganzas acariciará en su corazón, cuando puso á precio tu cabeza en Prato. No sabes adonde alcanza la cólera de un

amante desdeñado y celoso. Si lo hubieras visto como yo despues del rapto, con la boca llena de espumas como un perro rabioso, si hubieras oido sus juramentos como yo los he oido, ¡ah! no estarias, no, tan sereno y tranquilo.

—¿Y qué quieres? ¿Quieres que convierta en cenobio esta Venecia de los placeres, yo, que he convertido en orgías los cenobios? ¿Quieres que en los brazos de esta Venus de los mares, cuya sonrisa embriaga, me porte como un penitente muerto al amor y á todo afecto? No, no, no. Déjame ver cómo el sol naciente colora estos edificios de mármol y de cristal; como, al mismo tiempo que las palomas del Alcázar y de la Basílica abren sus alas á la primera luz, despliegan las naves sus velas teñidas en bermellon y en azafran; cómo las ondas mueren, coronadas de espumas, en las islas ceñidas de árboles por cuyos ramos cantan las enamoradas avecillas; cómo las blancas gaviotas y las primeras golondrinas pasan entre los mástiles, y los delfines saltan jugueteando por la ancha estela que la quilla ha dibujado en las aguas; cómo el cordaje y los palos vibran cual otras tantas arpas al beso de las brisas; cómo, en los lejanos horizontes, se pierde esta maga de mil hechizos, esta Venecia, cual las diosas marinas en sus conchas de nácar, mientras los instrumentos músicos en concertadas armonías y las voces humanas en melodiosos coros dan un acento de amor á todas estas maravillas del mar y de los cielos.

—Sea en buen hora; ante las hermosuras de la naturaleza eres como ante las prendas de la mujer, incontinente. Artista y amante, no sabes reportarte. Ve, pues, donde te llama tu deseo; pero ve advertido de que todos cuantos te amamos, vemos en este cumplimiento de tu capricho un verdadero peligro.

—Ya sabes que, en vez de evitarlos, acostumbro á buscar los peligros.

—Pues quien ama el peligro, perecerá en él. Así lo dijo, Filippo, quien ni puede engañarse, ni engañarnos.

Tal fué la última palabra que pronunció Serafin, despidiéndose de Filippo. Coloraba el día naciente la ciudad, cuyos edificios parecian amasados en las reverberaciones de la alborada, cuando el fraile asomó á la puerta de su hostería. Resplandecian los cielos con tales fulgores y el mar con tales reflejos, que un momento se detuvo extático en la contemplacion del espectáculo, como si, en vez de monje, fuera pintor. Pero sacudió aquel éxtasis bien pronto y se fué camino del hospital donde vivia Lucrecia. Esta le aguardaba ya, vestida con el uniforme que la República designaba á las huérfanas de los grandes hospitales: túnica de estameña azul por ser de los incurables, toca de lino blanco que le caia á guisa de mantilla desde la frente á los talones, sombrero de paja á la espalda, rosario de cuentas de cristal en la mano. A semejante hora solo se veian los campesinos de Palestrina y de Chioglia que aportaban legumbres y flores al mercado en barcazas, ó

las domésticas con sus trages de sarga morada y sus pañuelos de seda blanca á la cabeza. Serafin y Lucrecia pasaron, antes de salir, por todas las habitaciones del hospital, y dieron á cada enfermo, con las medicinas que tenían propinadas, los consuelos del alma y las oraciones de la religion. Los pobres que los veian de esta suerte consagrados al bien, los saludaban con el mayor cariño y pedian á Dios que prosperara los días de aquellos santos bienhechores. Hecho todo esto en el hospital, con una caridad que tomaba los vuelos y los impulsos del entusiasmo, iban á los tugurios donde yacía la miseria. Y derramaban el bien á manos llenas, y socorrian al hambriento, y consolaban al afligido. Los huérfanos, al ver á Lucrecia, su mirada de un resplandor suavísimo, su sonrisa de un tinte celestial, su frente que parecía resplandecer con luminosa aureola, tendian á ella las manecitas y la buscaban de igual suerte que las avejillas buscan el alimento y el calor de la vida en sus pródigas madres. Por donde quiera que iban, dejaban un reguero de luz, y de esperanzas, y de bienes, que nadie podia borrar de la tierra, absolutamente nadie, porque el bien tiene la eternidad de Dios y es en esencia Dios mismo. En estas correrías el alma de Lucrecia se abrillanaba cada vez mas y su vida adquiria esa incomunicable santidad que deslumbra los ojos de la conciencia. Donde quiera que iba, iba con ella el bien. Y no le bastaba, como no le bastaba tampoco al buen Serafin, el socorro material: acorria con palabras dulcísimas, consolaba con profundos consuelos, asistía tanto á las desgracias morales como á las desgracias materiales. Así, en torno del franciscano y de la enfermera, se habia poco á poco extendido una leyenda poética que los exaltaba como los rayos de una aureola mística exalta la frente de los santos. Felices aquellos que viven para los demás, en vez de vivir solamente para sí, y ahogan el inhumano egoismo. Felices aquellos que dan las virtudes de su alma en sacratísima comunión á sus semejantes. Felices aquellos que, despues de repartir sus tesoros, reparten sus consuelos. Felices, mil veces felices cuantos no han dejado de su paso en la tierra ni una sola mancha, y han contribuido á arrancar y despuntar las espinas que erizan al planeta. Serafin y Lucrecia eran dos seres desgraciados. Perteneciente aquel á una religion, en cuya verdad no creia, experimentaba de continuo el combate entre sus sentimientos y sus creencias. Enamorada ésta, de un hombre con el cual no podia unirse ni ante Dios ni ante el mundo, llevaba consigo otro combate tan porfiado y tan terrible como el combate de su protector y de su compañero. Para estas dos almas no habia paz posible en la tierra. Si Serafin confesaba públicamente su fé, recogia el deshonor y la hoguera. Si Lucrecia se lanzaba en brazos del hombre á quien preferia, se infamaba ante la sociedad, y se perdia para el cielo. Uno y otro eran vehementes; Serafin en la profesion de sus principios, Lucrecia en la intensidad de sus afectos; pero uno y otro se vencian y dominaban á sí mismos; Serafin por temor al mundo, Lucrecia por

temor á Dios. Y en tal estado padecian ambos con padecimientos inexplicables. No se alcanzan dominaciones tan imperiosas sobre los afectos, sino á precio de muchos y muy porfiados combates. Para que domine la voluntad sobre todas las otras facultades humanas hasta el extremo de no cejar ni ante los golpes del corazon y las inspiraciones del sentimiento, necesitase un temple muy acerado y un natural muy fuerte. Serafin, cuya virtud se habia ejercido mas aun que la virtud de Lucrecia, encontrábase en estado moral inferior al estado moral de su protegida. Por temor al mundo callaba sus creencias sobre Dios, mientras que Lucrecia, sumisa á Dios, desafiaba las engañosas opiniones del mundo que la creian perdida para siempre, á pesar de haber conservado su pureza en los incidentes de un raptó inevitable. He aquí la situacion de ambos, que como todas las situaciones complicadas, traerá forzosamente dramáticas incidencias en la vida de aquellos dos personajes, de los cuales Serafin cree lo que no puede decir y Lucrecia ama lo que no puede obtener: estado fecundo en terribles y pavorosos casos.

Los dos jóvenes se habian ido á un zaquizamí de los barrios cercanos á la Guidecca, por saber que allí se albergaban una agonía dolorosa y una miseria terrible. Efectivamente, en una de aquellas islas, dentro de oscura cueva que rebosaba humedad salitrosa, sobre triste montón de pajas, agonizaba pobre mujer, la cual sentia, no tanto separarse de un mundo donde solo gustara amargo acíbar, como separarse de unos hijuelos á quienes amaba con la exaltacion que dan las grandes desgracias á los grandes sentimientos. La infeliz enferma sentia que la eterna noche bajaba sobre sus párpados y oscurecia sus ojos; que la angustia de la última hora atosigaba su garganta y ahogaba su pecho; que la extincion de todas las fuerzas se acercaba por momentos; y en tan supremo trance, volvíase y revolvíase sobre sí misma para contemplar á su hijuelos, sintiendo mas que la muerte la desgracia de dejarlos solos sobre la tierra, tan desventurados como su madre. Así, llevaba las manos, ora al corazon palpitante con palpitations violentísimas, ora á los ojos apagados en sombras espesas, como para detener á la muerte y pedirle por caridad que la dejase mirar una vez mas á sus hijuelos. Los pobres, al ver á su madre tan demudada, la desconocian, y se esquivaban á ella cuanto mas queria la infeliz estrecharlos en sus entrañas y cubrirlos de besos. Le tenian miedo. Se horrorizaban instintivamente del afecto que ellos mismos producian. Y á medida que mas temian á la agonía y trataban de huir, temia la pobre madre mas á la soledad, al abandono, á la desaparicion de sus hijos antes que desapareciese la vida, y trataba de retenerlos con supremos y desesperados esfuerzos. Al ver que sus propios hijos la desconocian, redoblábanse los dolores de sus últimas horas, y al par de estos dolores físicos, la pasion exaltadísima por la vida. Su razon se iba; pero quedaba con sus fulgores mas vivaces el sentimiento. Sus ojos se apagaban;

y por lo mismo queria emplear el tacto para tener cerca de sí á los pedazos de sus entrañas más amados cuanto más infelices. Y levantaba cabeza y ojos al cielo como buscando la luz y el aire necesarios á prolongar la vida, no para ella, para las infelices criaturas. La muerte, lejos de ser en esta desdichada madre como una tarde tranquila de otoño, era como un combate horrible en que á la sombra de dolor se mezclaba la falta de resignacion. Los pulmones hervian con hervor espantoso; lanzaba la garganta roncacos ahullidos; las manos y los piés se crispaban con crispaciones violentísimas; frio sudor cubria todo el cuerpo; y descomponian sus facciones con esa descomposicion, cuyo secreto solamente posee la muerte. Y no la apenaba tanto el dolor físico como el dolor moral en aquel trance supremo. De sí misma no se acordaba, sino de sus hijos que le atenaceaban el alma; de sus hijos que huian alejándose al mismo dolor que ellos causaban. ¡Espectáculo terrible! Todas las miserias físicas unidas á todas las miserias morales. La pobre mujer, despues de haber luchado y reluchado consigo misma y con sus hijuelos, cayó en una especie de inmovilidad, como abandonada de Dios y de los hombres.

Los tres niños, mientras tanto, como el mayor de ellos apenas contaba cuatro años, se reian, se golpeaban con sendos golpes, jugaban á saltos y departian con voces semejantes al pjar de los pajarillos en su nido, sin curarse para nada de la pobre enferma y sin presentir la desgracia que tristemente amagaba sus tiernas cabecitas. Cosas trágicas hay en este trágico mundo; pero ninguna tanto como esas bandadas de huerfanillos, que juegan y rien y cantan y saltan gozosos, en torno del lecho mortuorio ó del ataúd de sus padres, ignorando con ignorancia invencible el número infinito de males que les aguarda sobre la tierra. Tanto gozo cuando debieran sentir tanta pena aflige con afliccion inenarrable á los que contemplan el contraste entre su descuidada alegría y su terrible suerte. La pobre mujer llamaba á sus hijos con voz cada vez más apagada; y sus hijos no se acercaban. Ya perdía la esperanza de verlos y se acurrucaba para morir cuando entraron Lucrecia y Serafin. Al hedor de aquella zahurda, al espectáculo de aquella miseria, á la pena de aquella madre, á la alegaía de aquellos hijos, Lucrecia hubo de vacilar, y seguramente se desmayara si no la sostuviera el enérgico sentimiento de su deber. Serafin, más acostumbrado al dolor y menos sensible, no se curó tanto de compadecer el mal como de procurar el remedio. Mientras Lucrecia se dirigía á los pobres niños, y los besaba y los recogía para llevarlos á la madre que angustiada los pedia á su lado, Serafin, arrodillándose junto á la paja podrida, vertía algunas gotas de cordial en los labios de la enferma, que calmaron un tanto el horror de su agonía, mitigada moralmente también por la caritativa asistencia. Pero ¡ah! las fuerzas que el franciscano llevó á su cuerpo con las gotas cordiales, y el consuelo que la enfermera llevó á su alma con aproximar los pequeñuelos,

reanimáronla solo un momento. Se incorporó casi, se asentó con cierta fuerza, tendió los ojos á sus bienhechores con gratitud, los brazos con furor á sus hijos, y al querer apretar estos pedazos del alma contra su pecho destrozado, dió un grito espantoso semejante al ahullido de una fiera herida, y cayó exánime sobre sus pajas.

Habia muerto.

Lucrecia sacó á los niños de aquella caverna, mientras Serafin, de rodillas, pronunciaba los rezos de los muertos con arreglo al ritual de su secta. Era imposible que, al salir de la atmósfera caliginosísima y pestilente, cargada con los miasmas de la muerte, no se detuviese un momento la jóven á respirar la atmósfera luminosa y pura, saturada con las emanaciones de la vida. El coro de las golondrinas recién llegadas se unia á las voces de los pequeñuelos, ignorantes de su desgracia, y regocijados de la universal alegría. Envyueltas en torrentes de luz, sobre la tersa superficie de las aguas, deslizábanse en el brazo de mar que se estiende entre el muelle de los Esclavones y la Guidecca, una legion de barcas veleras que recogian el viento bonancible despedido por los celestes Alpes del Frioul, y se encaminaban á los senos del Adriático. Ricos tapices cubrian y alfombraban las tablas: guirnaldas de flores ceñian los bordes; sobre las blancas velas agitábanse innumerables gallardetes; á la proa iban orquestas difundiendo suaves armonías; y á la popa grupos de artistas lujosamente vestidos apurando en copas de oro y plata, á maravilla cinceladas, los vinos de Grecia. La jóven miró aquella escuadrilla de festines flotantes agitándose y estremeciéndose de dolor, pues con esas adivinaciones propias de las mujeres, que penetran profundamente en lo porvenir, presintió los males que amagaban á su amado, los males que sobre su cabeza se cernian. Y en efecto, un poco más lejos del sitio donde Lucrecia se encontraba dirigiendo hácia el asilo aquellos pobres niños, en una de las galerías góticas tan propias de los palacios venecianos, miraba Guido con ávidos ojos la florida flotilla, y decia estas palabras:

—En ese mar te aguardan mis vengadores; allá en la costa mis venganzas. Vamos á reunir á nuestra gente y á realizar nuestro proyecto.

La flotilla se dirigió por el muelle de los Esclavones, pasó entre las islas dejando á sus espaldas la luminosa laguna de San Márcos, se internó en alta mar, y se perdió de vista entre los árboles de aquellos jardines y las líneas de aquellos campanarios, que surjen con tanta magia del movable seno de las ondas. Nada más hermoso que los grupos de lindas venecianas asomadas á los balcones y galerías para despedir la fiesta marina; y las lanchas de la gozosa escuadrilla adornadas con esos matices propios de los que en sus paletas tienen todas las combinaciones del color; y las mesas cargadas con áurea vajilla y servidas, ora por esclavos del Asia, ora por negros de la Nubia; y las canciones acompañadas del rumor producido por

la mezcla de las olas con las brisas; y la alegría general aumentada por las refracciones de los rayos solares en el terso espejo de aquellas claras y luminosas aguas.

En la principal de las naves iban los mas afamados maestros en las artes del dibujo. Y sobre todos ellos erguíase el gran Squarccione que tocaba ya en el ocaso de la vida, y merecia de sus innumerables discípulos toda suerte de ofrendas y agasajos. Génio severo, de esos que nacen con las facultades bastante equilibradas para tener discípulos y fundar escuelas, sin la singularidad sublime que orna las almas verdaderamente excepcionales, y por lo mismo pudiendo servir de enseñanza y de modelo educaba dos series de artistas, las cuales habian de fundar dos maneras de pinturas igualmente deslumbradoras: la manera veneciana y la manera lombarda. Junto á Squarccione veíase un jóven, casi un niño, que le contemplaba extático y que á la sazón, bajo sus consejos, ponía mano en la obra de pintar el mayor salon del Palacio ducal. El único de los grandes maestros vivos que faltaba en aquella fiesta era Bellini, porque émulo de Squarccione, nunca se presentaba donde pudiera su orgullo chocar con aquella emulacion degenerada en verdadera enemiga. Entre el coro de inmortales se encontraba Filippo Lippi, á quien su justa fama y sus brillantes cuadros habian abierto de par en par los salones venecianos. Todos los demás que iban, eran pintores tambien, aunque no á la altura de estos tres genios, y por consecuencia no destinados como ellos á la fama en este mundo, á la inmortalidad en el otro. La primera conversacion versó sobre los artistas de los diversos estados italianos. Squarccione dedieó algunas palabras al Zingaro, célebre artista napolitano que acababa de morir. Calificó primero su mérito hablando de las dos cualidades capitales que le enaltecian; la viveza del colorido y la felicidad de la expresion. Nacido y criado en tierra de Nápoles, donde la pintura jamás tuvo la grandeza que en sus tres centros capitales, Toscana, Umbría, Venecia, no puede clasificarse con exactitud la escuela á que perteneció el Zingaro, pero sí decirse con verdad la brillantez de su estilo, inspirado en los mejores modelos entonces conocidos, sin perder su propia originalidad. Tambien contó un rasgo extraño de su vida. Hijo de los abruzos por ende fornido montañés, penzó dedicarse á un oficio manual, propio de su educacion y de su temperamento, para lo cual se fué del rincón de su provincia á la hermosa capitalidad. Una vez allí, en Nápoles, tropezó con la hija de Colantonio, y se enamoró de ella perdidamente. Mas, al pedírsela á su padre, se le cayeron las dos alas del corazón, oyendo que no daría aquella hermosa niña en matrimonio sino á un pintor y pintor ruidosamente célebre. El Zingaro se desesperó. ¿Cómo alcanzar esa gloria un pobre industrial, ageno á toda clase de estudios, experto en manejar groseros instrumentos, incapaz de tener con arte cosa tan delicada como un pincel en sus callosas manos? Mas todo lo puede el amor; y desde

aquel día tomó con tanto empeño el obtener la deseada prenda, aun á costa de un imposible vencido, que al arte se consagró con todas sus fuerzas, y á maestro llegó en poco tiempo. La fortuna, la gloria y el amor, fueron el premio de este arrojó. Pero tantas grandezas se han desvanecido, añadió, en la muerte que no perdona ni siquiera al génio á pesar de la inmortalidad concedida á su nombre y á sus obras. Creyó Lippi tal conversacion de la muerte y de los muertos asunto demasiado triste, y como en estas llegaron al mar, volviése hácia el Oriente donde despedía sus rayos reflejados por las cristalinas aguas el sol, y conociendo las devociones artísticas de Squarccione invocó á Grecia de la misma suerte que pudiera un poeta invocar á su musa. Squarccione se conmovió á semejante invocacion; y tendió sus brazos al punto donde señalaba el jóven artista. Una especie de sentimiento religioso dominó en aquella asamblea bulliciosísima, inspirando ese silencio profundo que proviene de la concentracion del alma sobre una idea y que se llama recogimiento. Refiere Herodoto como despues del sacrificio de las Termópilas, antes de la victoria de Salamina, al descender los persas en la Ática, quemaron secular olivo consagrado á Minerva, dejando solo el tronco. Dolor intenso tuvieron los atenienses, al ver aquel religioso símbolo de su diosa, el árbol cuyas frutas dan jugo tal que podria creerse la sangre misma del sol, pues alimenta la luz, reducido á un puñado de cenizas dispersas por las brisas marinas sobre los restos mutilados de los altares de mármol. ¡Mas cuánto no sería su gozo al verlo retoñar en el siguiente día ostentando una rama fuerte y hojosa que anunciaba nuevo y mas corpulento árbol! De igual suerte en el Renacimiento: la Grecia perdida bajo tantas ruinas; la Grecia olvidada por veinte siglos en que brillaron otras civilizaciones; la Grecia extinta, se levantaba de su sepulcro, y en esta resurreccion inopinada, engendraba y lactaba coros de artistas inmortales, venidos á embellecer con los esmaltes de su inspiracion los senos del espíritu y los espacios del planeta.

—Yo quisiera verla, decia Squarccione, con su corona de mirtos y su peana de mármoles. Yo quisiera escuchar aquella voz melodiosa, á cuyos acentos se poblaba de Dioses el Universo y se encendía la llama creadora del génio en la frente del hombre. Campos griegos, campos inmortales, poblados de laureles á vuestro seno acudirán eternamente las inspiraciones en pos de miel con que sostener su vida y de matices con que colorear sus alas. Quién pudiera haberos visto cuando las procesiones subian por las laderas de las colinas al templo que entre bosques de mirtos resplandecía en la cima; cuando el orador recitaba las páginas de los historiadores en medio de un concurso recogido y extático, cuando los jóvenes atletas luchaban en porfias gimnásticas y los coros daban vertiginosas vueltas en los juegos píthicos; cuando las estatuas, recién salidas de las manos de Fidias, se erguan sobre las aras esmaltadas de bajos relieves y aspiraban la mirra y la verbena que-